

"EL PRISIONERO DE SEGURA":

AUTOR: CELTI

I. EL CAZADOR CAZADO.

-“¡Escribe!”, bramó el primero de mis captores en tono imperioso.

-“¡Escribe que en ello te va la vida!”, atajó el segundo, con una horrisona y amenazadora cadencia de voz, mezcla de balbuciente atropello y atronador estruendo que, sin ambages, me mostraba bien a las claras que o satisfacía de inmediato las exorbitantes demandas que mis aprehensores me imponían o mi cadáver pronto sería pasto de las aves de rapiña y demás bestias carroñeras que rondaban, acechantes y hambrientas, las estribaciones de aquel picacho donde me encontraba cautivo.

Aterrado, no acertaba a discernir los pasos que había de seguir para la consumación del feliz éxito de mi empresa –salvar el cuello y recuperar la libertad- y, cohibido y torpe, mis dedos temblorosos no atinaron más que a derramar el tintero portado por uno de mis secuestradores sobre la humilde mesa de amanuense que me había sido cedida.

Presos al unísono de una creciente irritación que, con rapidez inusitada, subió de tono hasta explotar en un clímax bárbaro y salvaje, mis torvos interlocutores parecieron decididos a ejecutar su ultimátum. Uno, ira asesina en demudado rostro, ropaje sucio de tinta, blasfemando a voz en grito y prometiéndome -juramento intercalado entre

toda una sarta de soeces insultos e improprios- mil muertes, a cual más atroz. Entretanto, el segundo, cuerpo en tensión, sonrisa maligna y sardónica, afilado cálamo aprestado entre sus atléticas manos de sayón con ademán presto a clavármelo en la garganta ¡paradojas del destino: morir quien a escribir ha dedicado gran parte de su existencia acuchillado por la aguda punta de un instrumento de escritura! parecía más que dispuesto a zanjar la patética escena por el expeditivo y contundente recurso del degüello de mi desventurada persona. Mas... al poco, mis infames carceleros, más calmados, sospecho que tras evaluar que su arrebato criminal, tan irreflexivo como estúpido, mermaría por completo la bolsa, colmada de oro, que por mi rescate sueñan con obtener, se detuvieron, como impelidos por invisible resorte, dieron media vuelta y cerraron con estrépito el portalón de hierro macizo tras de sí, asegurando cerrojos y pestillos e instalando un guardia de vista que no me quitaba ojo a través de una mirilla improvisada para la ocasión, puesto que en extremo desconfiaban -y con razón- de mi astucia, dirigiendo sus pasos, supongo, hacia el almacén donde guardaban algún otro material de escritura.

Quedé, pues, solo en el estrecho habitáculo y absorto contemplé cómo la desparramada tintura se extendía, macabra, sobre el escritorio marcando sobre su áspera superficie una amorfa e indeleble mancha negra que –Dios no lo quiera- se me figuró terrible presagio, que estremeció hasta el rincón más

recóndito de mi alma, asemejándoseme su contorno y textura a la oscura sangre que habría de brotar, más pronto que tarde, de mis mutilados despojos, acribillados de heridas, si no conseguía escapar –y rápido- de esta maldita fortaleza de Segura.

Intenté, en medio de aquella calma pasajera, poner en orden mis pensamientos, tomando aire por la boca con la finalidad de regular mi acelerada respiración, y ya más tranquilo y confortado, reflexionar con la máxima clarividencia que, en tan cruciales momentos, mi aturdida mente, toda bullicio y espanto, acertase a discernir sobre mi funesta situación y hallar una solución factible, una escapatoria, por mañosa o vil que fuese, que me librase de la cuchilla del verdugo, cuyo fétido aliento sentía, a cada instante, más cercano a mi nuca. Evité, por otro lado, sacando fuerzas de flaqueza, buscando con ansiedad sosiego para mi entenebrecida alma, encomendándome una y mil veces al Altísimo, no desesperar en balde pues, a pesar de sufrir trance tan precario, deduje, no sin motivo, que de desgracias y penalidades similares había sabido escapar indemne en multitud de ocasiones anteriores.

¿Cómo había terminado aprisionado, contra todo pronóstico, en aquel lóbrego alcázar yo, el gran Abu Bakr ibn Ammar, el mejor poeta de mi época, el que se alzó por sus propios méritos de sapiencia y elocuencia desde la nada de su humildísima cuna hasta la cima del poder y la riqueza? Yo, que ascendí de menesteroso poeta mendicante -recitador de las glorias

auténticas o falsas de sultanes, gerifaltes y ricachos, panegirista a sueldo de todo aquel que por merced tuviera a bien arrojarme unas migajas de su mesa- a nobilísimo consejero y primer ministro de reyes y potentados y que, a la postre, en el colmo de la ventura, conseguí, asimismo, erigirme en rey, para mi posterior desdicha, durante un año escaso, en la añorada y hermosa Murcia, hace, este verano, justamente un lustro.

¿Cómo he acabado cubierto de cadenas, inerme, entre las garras de estos dos zafios caudillos que han vivido perpetuamente agazapados tras la seguridad que ofrecen los recios muros de su inabordable peña rocosa? ¡Dios, qué necio fui, qué pretenciosa presunción me llevó a dejarme atrapar por estos chacales indómitos, los hijos de Suhayl, señores del inexpugnable castillo de Segura!

Conozco a la perfección, para mi desventura, la respuesta: infatuado de mi valía, creyendo que nada me era vedado y con el cruel fuego de una ambición inextinguible abrasándome las entrañas, supuse que mis ardides, otrora siempre ejecutados con suma maestría, me servirían en bandeja de plata la codiciada presa que suponía la posesión de tan valiosa plaza fuerte y su entorno. Y desprecié, estúpido de mí, las maniobras que pudiesen, al mismo tiempo, tramar mis contrarios, auténticos lobos montaraces, muy duchos en tretas y añagazas, quienes, enrocados en su abrupta serranía, habían resistido hasta entonces los múltiples intentos que durante casi un cuarto de

siglo numerosos reyezuelos y aventureros, ávidos de conquista, acometieron contra ellos con el fin de aplastar su disidencia y liquidar su foco de independencia.

En efecto, esta colosal ciudadela y la región que se extendía a sus pies se habían erigido en “reino” unas décadas antes, aprovechando sus dueños la debilidad de los soberanos musulmanes colindantes con aquellas ásperas tierras, los cuales se vieron por completo impotentes para sujetar este montuoso territorio, díscolo como ninguno, a sus respectivos señoríos.

Los acontecimientos se sucedieron, si la memoria no me es infiel, poco más o menos en esta secuencia: cuando se eclipsó para siempre la autoridad de los omeyas de Córdoba, Segura quedó vinculada a la taifa que el clan de los Tahir supo agenciarse en Murcia y sus dependencias. Pero su desgana e incapacidad de gobierno fueron tales que la fortificación, durante un par de decenios, se convirtió en refugio de una auténtica cuadrilla de bandidos, encabezados por un converso al islam, Said ibn Rufayl, sujeto duro como el pedernal, resuelto y temerario, que nunca fue desalojado de sus agrestes posesiones –sus garras de buitre se aferraron con inquebrantable tesón sobre su codiciado botín, el señorío que a espada conquistó- hasta su óbito, acaecido hará unos cuarenta años. A continuación, el distrito cayó bajo el yugo de la dinastía de Muchehid, un antiguo esclavo cortesano de la extinta dinastía califal cordobesa que convirtió a Denia en la

capital de su sultanato. El antaño siervo Muchehid, devenido más tarde en príncipe, profesó, no cabe duda, a lo largo de su dilatada carrera como impecable musulmán, libre cualquier mácula de infidelidad, a pesar de sus oscuros orígenes –sus rivales le acusaron siempre de filocristianismo- e incluso, hizo méritos ante Dios como combatiente en la guerra santa, aunque era, sin embargo, como es bien sabido, oriundo de una gran isla del Mediterráneo, habitada por nazarenos, Cerdeña.

Y sardo y hasta lejano pariente suyo, creo recordar, fue también Suhayl, a quien Muchehid otorgó el caudillaje de aquel perdido enclave, fundamental, no obstante, para los intereses de su recién creado dominio puesto que proveía a Denia del material que le era máspreciado, la siempre ansiada madera, más estimada aún que el oro, para un reino que hizo del mar su medio de vida, proveyendo a sus habitantes, hábiles y valerosos navegantes, avispados negociantes a la par que invencibles corsarios, de un inagotable reguero de riquezas obtenidas tanto por el tráfico lícito de mercancías como por el pillaje más inhumano. Un maderamen de excelente calidad, extraído de los frondosos bosques que circundaban aquel escarpadísimo roquedal de la que el mencionado gobernador, con eficaz diligencia, aprovisionaba –además de caballos de pura raza, abundantísimas viandas, otros tributos en metálico y en especie y sin olvidar, por supuesto, toda una serie de materiales esenciales para la construcción naval, como el alquitrán- a

sus amos de Denia, dedicados casi en exclusiva al mantenimiento de una potente flota con la que comerciar y piratear a lo largo y ancho de las costas occidentales de la península, África o Italia desde sus puertos y refugios diseminados por el Levante y las islas Baleares. Hace unos diez años, la taifa de Zaragoza se anexionó a sus provincias al por entonces débil estado deniense, arruinado por la desidia de Ali, hijo y heredero de Mochehid, que tuvo un reinado tan prolongado como desgraciado. Un hijo de este Ali, nieto del gran Muchehid, Sirach al-Daula, halló refugio en Segura con su familia junto al ya anciano Suhayl, poniendo tierra de por medio entre su persona y los nuevos y flamantes usurpadores –domeñaron Denia y sus contornos con pasmosa facilidad- del que hubiese sido su legítimo emirato, el linaje de los Hud, afincados en Zaragoza. Al poco fallecieron entrambos, primeramente Suhayl, por causas naturales y, de seguido, el efímero Sirach, joven díscolo, desconfiado y poco manejable, de quien se dice fue envenenado por la progenie de quien fue su mentor. No obstante, el difunto nieto de Muchehid dejó tras de sí varios retoños –tres o cuatro pequeñuelos de los cuales el primogénito debe hoy frisar los diez años de edad- y en cuyo nombre gobiernan Segura y su demarcación los descendientes de Suhayl.

En efecto, tras diversos avatares y múltiples peripecias, que sería muy prolijo de contar, esta serranía, de imposible orografía, se halla a la fecha bajo la égida de Ibrahim y Abd al-Chábbar, los vástagos del fallecido Suhayl,

que se tienen por auténticos “reyes”, y en verdad, reyes son, porque a ningún emir prestan obediencia, disfrutando de una jurisdicción absoluta sobre aquellas angosturas aún cuando no disponen más que de unas pocas docenas de mercenarios a sus órdenes. No necesitan más porque el reducido perímetro de su feudo se recorre apenas en una jornada a pie a marcha ligera o en pocas horas a caballo: veinte parasangas en derredor de su inaccesible nido de águilas donde, no obstante, según los informes que pululan por las diversas cortes de taifas, en previsión de futuras contiendas, tales reyezuelos habían hecho buen acopio de víveres, útiles de guerra y numerosos bastimentos que aún hacían más preciada su tenencia para cualquier otro potentado andalusí.

Y fue uno de ellos, al-Mutaman de Zaragoza, ciudad en donde por entonces yo me encontraba exilado quien, temeroso de que su belicoso hermano al-Hachib, actual dueño de Denia y Albacete, se le adelantara en la sujeción de Segura, me propuso adquirir aquel remoto promontorio para redondear las fronteras de su ya extensa taifa. Dejando a al-Mutaman en su dorado palacio de la Aljafería, centrado en sus estudios matemáticos, que le obsesionan, y aquejado una mala salud en él crónica –durante mi encierro falleció este rey tan noble como sabio- partí, investido del título de visir, provisto de lucida hueste y en abundancia surtido de dinero contante y sonante, hacia la hasta entonces infranqueable Segura.

Ciento veinte jinetes y doble número de peones es una tropa difícil de ocultar en estos revueltos tiempos. Descendimos la desértica meseta peninsular, sin prisas, sufriendo con resignación un aniquilador sol estival que se recreaba, desde el orto hasta el ocaso, en cebarse sobre la mesnada y del que resultaba imposible resguardarse en aquel páramo yermo. Mas, como por ensalmo, llegados a las anfractuosidades de la serranía que pretendíamos ocupar, el paisaje, a pesar del estío, mutó en magnífico vergel: el verde-vivo pasó a ser el color dominante venciendo al infame marrón-polvo meseteño; el hiriente solano que reinaba en la hirviente estepa trocó en agradable céfiro matizado aún más por noches frescas, deliciosas, que propiciaban reparadoras acampadas nocturnas al raso y, gracias a Dios, de continuo, a nuestro alrededor, nos envolvió un constante y alegre murmullo de agua, fresca y límpida, que se ofreció a nuestras sedientas gargantas por doquier, dado que en estos recónditos parajes lo corriente y natural es que por aquí corra un reguero, allá aflore un manantial y acullá brote una fuente. Y no sólo fragorosos arroyos y estruendosos torrentes jalonan estas provincias sino que auténticos ríos –portadores de sonoros nombres como Guadalimar, Guadalén o Guadalmena- con gran alboroto discurren, en vertiginoso tumulto, encajonados entre farallones, barrancos y tajos tan profundos y escarpados que cuya simple contemplación resulta maravilla a la vista y poco menos que milagro de Dios a la razón.

En efecto, ese territorio impone y cautiva hasta el espíritu más insensible. El recinto amurallado, imposible de someter en su majestuosa altura, parece asido al mismísimo cielo, cubierto de nubes. Un auténtico collar de torres, refugios de tapial y almenaras constituyen, distribuido en varios círculos concéntricos, un magnífico escudo de defensa. Y a pesar de lo accidentado del terreno, su fértil suelo mantiene una abundante población, dispersa en decenas de bulliciosas alquerías. Asimismo, en sus cercanías, nacen sendos ríos que, en su curso, se convierten en la auténtica savia que alimenta a muchas de las grandes urbes musulmanas de este reseco país. Hacia oriente discurre el "Río Blanco", que pasa por mi inolvidable Murcia y hacia occidente fluye el "Río Grande", que nutre con sus cristalinas aguas a las grandes medinas de Córdoba y Sevilla.

Preñado quedé del dibujo de un país tan diferente a lo por mí ya conocido –y muy viajado soy-. Un espacio agreste y arriscado, frondoso y silvestre, que mi vista abarcaba con delectación y mi cerebro, presa de la estupefacción, no acertaba a encontrar parangón alguno en hermosura y esplendor con cualesquier otro lugar sito a lo largo y ancho de toda la península andalusí que yo, sin falsa modestia, conozco casi de cabo a rabo. Sólo cabía, y así lo hice, solazarse en la contemplación de tan incomparable belleza.

Me aguardaba otra grata sorpresa, para regocijo de mi fuero interno y afeamiento de mi

perenne altivez, pues sucedió que, a pesar, he de reconocerlo, de mi, en principio, mala predisposición hacia los habitantes del lugar, a los que tenía por una banda de hoscos y rústicos palurdos sin remisión gobernados a su vez por un par de brutos de la más baja estofa, hube enseguida, al primer contacto, de trocar mi estúpida ojeriza en franca simpatía hacia unos aldeanos que se me revelaron como excelentes anfitriones, generosos y desprendidos para conmigo hasta la saciedad. Ciertamente, no es que hallara entre los moradores de tan apartado terruño la más refinada educación o los modales más distinguidos pero, según avanzamos por las tierras de los Suhayl, quienes, expectantes, se habían atrincherado en su inasible peñasco, los jeques y ancianos de las villas circundantes, abandonados a su suerte por sus señores e impelidos por el miedo, imploraban la paz para los suyos y ofrecían, a cambio, entre melifluos susurros, contritos, las cabezas gachas, y en medio de amplia gama de genuflexiones y zalamerías sin cuento, copiosas vituallas que, en verdad, eran de lo más variado y exquisito que mi paladar había saboreado en muchos años: carne de caza puesto que en sus bosques pululan, en incontable número, el noble ciervo, el escurridizo gamo, el salvaje jabalí y el feroz oso -manjares dignos de paladares principescos- así como espléndidas carnes de cordero, cabrito y aves de corral, quesos de mil variedades, espesas gachas, dulce miel, sabrosas nueces, ásperas bellotas, mil surtidos de fruta fresca, delicadas pastas y primorosos dulces...

Si bien la población, a la que no dañamos en absoluto, estaba compuesta en su inmensa mayoría por campesinos, lugareños obsequiosos pero ignorantes, pude, para mi asombro, recrearme en animada conversación con alguno de sus notables y varios alfaquíes residentes en aquel remoto rincón del mundo. Mi alborozo se acrecentó al descubrir que un selecto grupo de sus ulemas –conformado por cinco o seis individuos- tenía mundo a sus espaldas pues tales personajes habían vivido y estudiado con afamados maestros en urbes de importancia, como Jaén o Granada, e incluso, uno de ellos, nacido precisamente en el fortín que pretendíamos tomar, y apodado como al-Hachch al-Saquri, o sea, el “Peregrino de Segura”, había, en efecto, cumplido con la prescripción, dada por Mahoma a sus fieles, de viajar, siquiera en una ocasión en la vida, a la sacrosanta urbe de La Meca y cuyo periplo me narró con exquisita prolijidad de noticias y anécdotas que atendí, sin exageración alguna, con verdadera delectación.

Entre agasajos, comilonas, tertulias y esperas –los Suhayl no daban la cara- observé que sus súbditos –y había que ganárselos si se quería gobernar el distrito sin oposición- no parecían descontentos con la administración de los caciques locales. Indudablemente, los Suhayl, a pesar de su reconocida avaricia, no debían gravar con impuestos especialmente lesivos a sus súbditos. Medida inteligente, y más venida de aquel par de huraños terratenientes que en este caso más se asemejaban en su

comportamiento al astuto zorro que al indómito lobo, animal con quien tantos lazos tienen en común. Sea generosidad, sea moderación, esas loables medidas, ejecutadas por puro cálculo político, respondían al hecho de que la jefatura, a todas luces ilegítima, que ostentaban aquellos arriscados oligarcas se sostenía sobre un precario e inestable equilibrio, dado que la excesiva opresión sobre su grey podría soliviantar a los clanes bajo su mando los cuales, en su desesperación, es posible que recurriesen a la revuelta o sublevación, que a tantas testas coronadas ha costado el solio o incluso la cabeza –los murcianos me expulsaron del trono alegando que los tributos que les impuse los llevaban inexorablemente a la ruina o la hambruna y creo haber aprendido de esa dura lección- en estos turbados tiempos cuyos inextricables designios sólo a Dios competen y que sus criaturas arrostramos con humildad y resignación.

En estos pensamientos andaba ensimismado, es decir, elucubrando cómo capturar la comarca sin derramamiento de sangre y sin gasto de dinero, cómo conservarla después, aquietada, sumisa, fiel al emir de Zaragoza, sin dispersar tropas ni imponer guarniciones, por exiguas que fuesen, en las alquerías recién controladas por mi huete –la soldadesca, por disciplinada que se muestre, casa mal cuando cohabita con el campesinado- y en fin, evaluaba en mi fuero interno, ¿a qué ocultarlo si Dios omnipotente todo lo ve, todo lo sabe? acerca de cómo apropiarme de la región

en mi exclusivo beneficio, rompiendo la promesa dada mi actual mentor al-Mutaman ya que, deduje para mis adentros. no sin malicia y retorcimiento, su cercano óbito me eximiría de cumplir mi palabra sólo a él dada y convertirme, por segunda vez en el transcurso de mi agitada biografía, en rey...Rey de Segura y su circunscripción, soberano diminuto en fuerza y poderío, pero que desde mi liliputiense trono a nadie, en el universo entero, rendiría jamás pleitesía ni reconocería superior alguno en primacía de rango y autoridad, ya reclamasen, delante mío, su soberana potestad, rodeados del oropel de sus respectivas cortes, el propio califa de Bagdad o el mismísimo jerife de La Meca.

Por tanto, alcanzar el colmo de mis expectativas “tan sólo” requería la desaparición de los Suhayl, ora por las buenas, ora por las malas. Cruzamos cartas, abrimos negociaciones y discutimos ofertas. Los indomables castellanos amagaban con enriscarse en su fortín por lapso indefinido y yo contraatacaba con veladas amenazas de asedio, expugnación y muerte. Finalmente, pareció imponerse la cordura y se entablaron conversaciones entre los jefezuelos y mis emisarios de confianza con el objeto de comprarles el torreón con sus bastimentos, enseres y bienes muebles. La comarca, privada de sus amos -nadie se acordó por entonces de los descendientes de Muchehid- entraba, naturalmente, en el acuerdo como remate del lote. Los Suhayl, codiciosos, conocían de antemano –los espías proliferan a nuestro alrededor- que portaba cuantiosa suma,

numerario contante y sonante, que me había sido confiada por mi patrón, el emir al-Mutaman, además de ciertas joyas y preciosas telas que podrían redondear al alza la enconada puja que se avecinaba. Asimismo, una vez firmado el pacto, dispondrían de una semana para evacuar el castillo con sus respectivas parentelas, seguidores y pertenencias más preciadas y tendrían, ni qué decir tiene, camino expedito hacia donde quisieran dirigir sus pasos, asentarse y disfrutar de sus recién adquiridas riquezas.

Naturalmente, yo no pensaba gastar ni un ardite en la adquisición de aquellos aislados riscos y me apresuré a urdir una conspiración que me convirtiese en el nuevo amo del lugar sin coste alguno. Desde que se me alcanza la memoria solamente he confiado en tres personas -mis enemigos afirmarán que en ninguna-: Chams, mi ya anciana madre, asentada en mi aldea natal de Silves y mis dos esclavos, Chábir y Hadi, ambos comprados en el mercado de Sevilla cuando apenas el bozo empezaba a asomar en las comisuras de sus labios, educados y criados como si mis propios retoños -que no los tengo- fueran. Hoy, en la plenitud de su edad, me sirven como consejeros y guardaespaldas pues son duchos en el manejo de la espada y están dotados de un arrojo más que contrastado. Y sobre todo, me son fieles a toda costa. Tengo la completa certeza de que se arrojarían a las llamas del mismísimo infierno a una orden mía y de que a sus mismas madres degollarían, sin el menor asomo de duda, a un

leve chasquido de mis dedos o sutil arqueado de mis cejas. Ya han asesinado a mi mandato y volverían a hacerlo una y mil veces.

El plan, que ya nos había dado buenos resultados en el pasado, era de una simplicidad diabólica. Se trataba de concertar una entrevista en terreno neutral con nuestros antagonistas, acudir los caudillos de ambos bandos al punto de encuentro con reducida escolta, desarmados, por supuesto, y en el momento de las presentaciones, a una señal mía -destocarme el birrete como muestra de respeto, por ejemplo- e identificadas nuestras presuntas víctimas -sería fácil, los Suhayl estarían intercambiando saluciones conmigo y por añadidura entrambos tienen el rostro picado de viruelas, lo que les convierte en objetivos inconfundibles- Chábir y Hadi, descosiendo, con presteza, resuelto y fuerte tirón, los puñales con puntas envenenadas atados a los forros de las mangas de sus amplias túnicas, acabarían con ellos de sendas estocadas, veloces y certeras. Del forro de mi birrete, transmutado por arte de magia en lámpara de Aladino, simultáneamente, se derramaría sobre su aturdida escolta una lluvia de monedas que "ayudarían" en el acto a sosegar sus posibles represalias y olvidar, de forma instantánea también, su hipotético afán de venganza...

Sin embargo, los dos perros sarnosos, cuya aniquilación estaba planificando, no tragaron el anzuelo. Avanzado el acuerdo, concertaron el tan deseado encuentro pero con la inexcusable condición de que se celebrase en el

interior de su amurallada fortificación, alegando, entre otras razones, la posibilidad de que pudiese realizar una inspección ocular de las estructuras y bagajes albergados en su perímetro interno dado que, al fin y al cabo, me disponía a adquirir tanto su contenido como su continente. Chábir y Hadi me imploraron hasta la extenuación que desistiera de tan descabellada empresa que no ocultaba sino una burda argucia para atrapar me en sus redes. Yo, dispuesto a jugar me el todo por el todo, desoí sus atinadas demandas y accedí a cuantas cláusulas impusieron los Suhayl, pensando que, una vez traspasada la cerca de Segura, el complot podría llevarse a efecto una vez que, confiados mis adversarios ante mis solícitas muestras de amistad -ademanos agradables, amplia sonrisa, intercambio de presentes- al poco pudiese introducir en su reducto un número aceptable de mis partidarios y poner en práctica mi ambicionado golpe de mano. A fin de cuentas, sólo se trataba de posponer brevemente la conjura recurriendo en el entretanto a las artes del disimulo y la hipocresía -en las que soy consumado maestro-, tensar los nervios con creíble disimulo durante la que me parecería interminable espera y atacar sin miramientos en el momento adecuado.

Concertada la cita, una calurosa mañana, acompañado de mis inseparables Chábir y Hadi y otros tres o cuatro soldados de plena confianza, encaramos la sinuosa senda, tallada en roca viva, que conducía a las puertas del fuerte. Rápidamente dejamos atrás el caserío

que se arremolinaba a las faldas de aquellos imponentes cerros y, sudorosos y jadeantes, como cabras montesas, acometimos la empinadísima cuesta, jalonada al principio por pétreos escalones, que, sin embargo, a cada paso resultaba más estrecha, y que desembocaba, tras incontables vueltas y recovecos, en elevada explanada donde se accedía al antemuro de la colosal edificación. El sendero devino en escuálida franja, línea casi imperceptible por delgada, cortada a pico sobre un insondable precipicio, abismo cuajado de afiladas piedras como cuchillos, sobre las que nos destrozáramos sin remisión en caso de sufrir cualquiera de los escaladores el menor traspies. Agarrados con uñas y dientes a la cornisa rocosa, avanzamos con exasperante lentitud hasta que la inclinación de la pendiente se hizo tan acusada en un tramo de aquella infernal vereda que hubimos de avanzar a gatas, en posición indecorosa en gentes de nuestra calidad, durante un trayecto, probablemente corto, pero que a los expedicionarios nos pareció realmente eterno. Culminamos los últimos pasos de tan arriesgada ascensión prácticamente reptando, cual víboras serpenteantes -veneno portáramos en nuestros pensamientos y dagas- sólo para dar de bruces, nefasto capricho de los hados, entre las fauces de aquellos jabatos encastillados que se aprestaban, sin la menor dilación, a aplastarnos como a las viles y nocivas culebras a las que en aquella situación tanto nos asemejáramos.

Llegados a terraza de la montaña, nos hicimos notar, tan sólo para ser conminados desde los adarves de los recios torreones, a viva voz pero sin que nadie osase dar la cara, a despojarnos de nuestras armas. Únicamente cuando fueron arrojados por los recién llegados, a prudente distancia, sus espadas, sables y puñales y aún escudos, corazas y cotas de malla, se sintieron lo suficientemente seguros los dueños del fortín como para mostrarse ante nosotros desde sus elevados escondrijos, aunque manteniendo una actitud tan desconfiada y precavida como para apenas dejarse entrever entre las almenas de su ciclópeo baluarte. Insistí, ante sus exasperantes recelos, con creciente premura, en obtener paso franco al recinto de la fortaleza que se levantaba, hercúlea, ante nosotros. Los malditos Suhayl nos gritaron desde su protectora madriguera que las puertas, forradas de gruesas placas de hierro, se hallaban inhabilitadas hacía mucho tiempo, rastrillo atascado, cerrojos quebrados, goznes rotos, hojas atrancadas y cegadas desde dentro por medio de una ingente cantidad de rocas y piedras allí apiladas con la precisa intención de impedir su abertura —y evitar, claro está, cualquier veleidad de traición desde el interior—.

A falta de escala que alcanzase desde su base la altura del matacán que reforzaba la defensa del portón, los moradores de Segura nos invitaron a traspasar sus sólidas paredes mediante un ingenioso sistema que consistía en ser izado, a pulso por musculosos brazos, dentro de un cesto, desde el suelo hasta la muralla. Se

disculpamos por poseer uno solo de tales capazos y me invitaron, dada mi primacía, a ser alzado en primer lugar. De inmediato, mi guardia me seguiría. Acallé, con gesto despectivo, los murmullos de protesta de mis acólitos y considerando indigno de mi valía una prudente retirada, me introduje en el canasto y en un santiamén me vi elevado a imponente altitud y trasladado sin un rasguño al parapeto superior del castillejo que ya creía bajo mi potestad, demasiado pagado de mí mismo y víctima de un ciego optimismo que me vedaba prever el futuro con claridad. De esta guisa penetré en la hasta entonces siempre esquivada ciudadela de Segura.

Ser alzado y aherrojado, todo fue uno, pues apenas alcancé la seguridad del piso del camino de ronda, robustas zarpas me ciñeron con inhumana fuerza y, tras ser derribado al solado, me vi atenazado, amordazado y cubierto de grilletes. Los míos, exacerbada su ira al percatarse de mi secuestro, intentaron un amago de ataque, inútil, rabioso y suicida, contra los hostiles muros, sólo para ser recibidos con una nutrida lluvia de flechas y piedras que les pusieron en fuga, atropelladamente, monte abajo, donde mis compinches, tras rodar un trecho, enteros pero tullidos, pudieron lamerse las heridas.

II. PRISIONERO.

Terror y desolación fueron los sentimientos que me embargaron en los momentos iniciales de mi cautiverio, sufrido durante la casi totalidad de este recién concluido

y tórrido verano. Verdad es que anduve lejos de soportar la canícula estival dado que en cuanto fui capturado por aquel par de pajarracos de mal agüero me arrojaron a un profundo pozo excavado en medio del patio de armas de la fortificación -quizás un antiguo aljibe, quizás abandonada letrina- donde, envuelto en misérrima y mugrienta manta, soporté los primeros días de prisión. Apenas un candil y una escudilla fueron los utensilios que me dispensaron los carroñeros e inicuos Suhayl hasta que más tarde cayeron en la cuenta de que, dado que mi escapatoria era, en principio imposible, por puro cálculo pecuniario podían permitirse un comportamiento más conmisericordioso para conmigo hasta el extremo casi de cebarme como a la res que el matarife engorda hasta la fecha de su sacrificio.

En efecto, tras medio mes de amargo encierro, lóbrego y húmedo, sin distinguir el día de la noche, racionado a pan y agua -¡Dios, perdóname, pero cuánto anhelaba una copa de vino!-, pobres alimentos que, entre burlas de la grosera soldadesca, me eran descolgados de cuando en cuando en el fondo de un asqueroso barreño, los cabecillas del lugar, verdaderos cuervos que habían olisqueado el más que sustancioso botín que tenían al alcance de la mano -ya saboreaban el metálico aroma del oro y el ácido dulzor de la plata que ya palpaban, ya contaban, ya depositaban, en sumas ingentes, en sus hasta hoy vacíos cofres- se percataron de que únicamente podrían recabar el desmesurado monto exigido por mi rescate dispensándome un

tratamiento más humano, de manera que aflojaron la cadena que rodeaba mi pescuezo y libraron mis manos y pies de pesados grilletes, y por fin, convencidos de que, salvo que me transmutase mágicamente en pájaro, jamás podría escapar indemne de aquel abrupto lugar, me dejaron, como si de la más espléndida dádiva se tratase, pasear a ratos por el recinto de la alcazaba (custodiado de cerca por un par de guardianes con los que se me prohibió cruzar palabra). Su “munificencia” fue rematada a mediados del estío cuando procedieron a acondicionar un habitáculo, fresco y angosto, anexo a las cocinas del fortín, donde tras sellar un par de ventanucos e instalar una consistente puerta repujada en hierro, allí me encerraron libre de argollas, otorgándome como gran privilegio, un destartalado jergón, una mesa y un par de taburetes.

Pero tales “comodidades” tenían, por supuesto, su precio. Los Suhayl habían decidido enriquecerse a mi costa y sin mayores preámbulos me solicitaron -al comienzo lisonjera y más tarde, agotada su paciencia, acerbamente- una cantidad exorbitante de dinares acuñados en oro de primera ley. Ningún argumento les hizo cambiar de opinión: ni mis excusas de padecer lastimosa pobreza ya que el lustro transcurrido desde mi destronamiento -en la fuga, accidentada y convulsa, salvé el pellejo pero abandoné cuantiosos tesoros- me había sido particularmente adverso de manera que el giro de la caprichosa fortuna convirtiéme de acaudalado gobernante en menesteroso

exiliado, ni mis promesas de una mayor recompensa futura si, liberado por su magnánima generosidad, la rueda del destino me volviese a ser favorable... Inmisericordes e inconmovibles, pétreos corazones de acero más duros que el diamante, mas, por otra parte, inasequibles al desaliento en su afán de obtener el máximo rédito por su ilustre rehén, Abd al-Chábbar, el menor y más taimado de los Suhayl, —el mayor, Ibrahim, es un necio en toda regla— me planteó, sin rodeos, el chantaje: si no pagaba hasta la última moneda por ellos exigida, otros lo harían.

—“Me es indiferente, visir (le gustaba dirigirse a mí mediante ese principesco tratamiento) que pagues tú o que lo haga fulano o mengano. Si te niegas a entrar en razón y no te rescatas a ti mismo tus enemigos lo harán por ti y tu suerte estará echada”.

—“¡Escribe!, que en ello te va la vida”, me azuzaba el malvado dejando caer que no tendría el menor escrúpulo en venderme al mejor postor aunque éste no tuviese otra intención que la de asesinarme a sangre fría...

¿A quién acudir? Contaba, de un lado, con demasiados falsos amigos que en esta nefasta coyuntura no sólo no gastarían su peculio en mi redención sino que no moverían un dedo por mi salvación, felices, en secreto, por librarse de un personaje incómodo —y repartirse, de paso, sus vacantes cargos, y disfrutar de sus expropiadas rentas y propiedades— y por otro, con innumerables

adversarios ansiosos por privarme de la existencia, vengadores de aquellos cuyos cadáveres fueron apartados de forma expeditiva de mi trayecto hacia la gloria y el imperio que, en este instante, desde el más allá, reclaman su deuda de sangre conmigo...

Afilo, todavía nervioso, el cálamo... Un poco de tinta aún útil en su casi vacío recipiente, candil moribundo por falta de aceite, lánguida luz solar, casi extinta, domeñada por las penumbras de la naciente noche cuya negrura comenzaba a penetrar, entre difusa y vaga, a través de diminutas rendijas y ocultos recodos... Ominoso ocaso, siniestro juego de luces y sombras que, para mi mayor desazón, proyectaba oníricas siluetas, deformes y grotescas, en la pared de enfrente, punzante recordatorio de los fantasmas y demonios que me esperaban en el averno... Mi espíritu se identificó, exangüe, con tan mortecino ambiente, sabedor de que mis días estaban contados...

Y el círculo, comprendí al cabo, de mis días terrenales se había cerrado. Nunca he sido partidario de adivinos, estrelleros o nigromantes a quienes tengo por falsos charlatanes. No es que desprecie —Dios no lo quiera— la bendición de un piadoso eremita o la baraca que pueda transmitir un bendito morabito, pero siempre he desdeñado a nigromantes, quiromantes y levantadores de horóscopos como a individuos más cercanos a Satanás que a Dios, con su infernal parafernalia de amuletos, brebajes y sortilegios. De entre todos, tan sólo un par de eruditos, a quienes conocí a consecuencia de mis

nunca concluidas andanzas por el país, me parecieron dotados de la clarividencia y precognición que sólo el Altísimo otorga a sus criaturas más predilectas. El uno y el otro, con los que me entrevisté hace décadas, portaban el nombre de Mohammed y ambos me pronosticaron un fin aciago. El primero, el que respondía al apellido de al-Dabbi, instalado en una recóndita cueva de la sierra onubense, escurridizo y enjuto, taciturno y lacónico hasta el extremo de que pronunciar una palabra pudiese llegar a causarle el más intenso dolor o enfrentarle a los estragos de terrible enfermedad, tras mirarme, hipnótico, a los ojos y después de un interminable silencio, concluyó: -"Morirás violentamente al filo de un arma cristiana". Con el transcurso de las estaciones, y no sin sufrimiento, conseguí digerir su fatídica predicción...: ser matado en combate, atravesado por acero hostil e impío en defensa de la gloriosa fe del islam, me convertiría de forma automática en mártir y limpiaría, instantáneamente, mis pecados ante el Eterno, asegurando por siempre a mi ánima los deleites imperecederos del paraíso. Quizás esta predicción me haya animado más de la cuenta a infringir las normas divinas y humanas, seguro de la salvación de mi alma...No obstante, tengo que confesarlo: he intentado retrasar ese glorioso momento cuanto he podido y aunque no me tengo por militar competente tampoco me comporto como un tembloroso cobarde ante los ejércitos rivales si en éstos no figuran tropas cristianas, a las que esquivo por motivos obvios,

en la medida de lo posible, como el conejo al lobo, como la liebre al halcón. El segundo adivino, adicto a los placeres mundanos y sumamente locuaz y alegre, apodado "el Ecijano", tras levantar, basándose en la fecha de mi nacimiento y utilizando extraños e incomprensibles artilugios como astrolabios y sextantes, después de semanas de estudio -bien que se las cobró- mi carta astral, se limitó, muy circunspecto, a notificarme, una tarde de invierno, negra como la pez de puro lluviosa, en su mansión de Toledo, la inexorable sentencia dictada por la conjunción de planetas y estrellas: -"Te matarán, un día idéntico al de hoy, borrascoso e invernal, luctuosa fecha en la que oscuras nubes, ejerciendo de ojos desbordados de copiosas lágrimas, descargarán agua en abundancia pidiendo al cielo que tu espíritu sea redimido de los innumerables pecados que lo corroen.,,, ¡El Todopoderoso se apiade de ti! Preveo que serás cosido a heridas de espada, con cincuenta, quizá cincuenta y un años, no más...". Acabo de cumplir, agorero e infausto aniversario, cincuenta y uno.

¿A quién dirigirme? Por desgracia, me es patente y manifiesto que no tengo descendencia, íntimos camaradas o agradecidos deudos a quienes recurrir...Ni siquiera recuerdo la posibilidad de entrever entre la multitud de personajes que me son conocidos a algún leal y honrado acólito a quien utilizar como testafarro y asignar la custodia de mi cuantioso patrimonio en esta penosa tesitura... Sí, aquí y allá, en escondrijos impensables, atesoro una apreciable

cantidad de monedas en previsión de malas contingencias –eso sí, menor que la disparatada suma exigida por mi liberación- cuya recuperación podría ayudarme a rehacer mi posición y mando en una pésima coyuntura como la que atravieso pero que están dispersas por diversos lugares de la península, registradas, tan sólo, en mi inmodestamente prodigiosa memoria. ¿En quién confiar tal misión de rescate? Imposible... Por otro lado, nadie, ni aunque mi desgracia se proclamara en el orbe entero, levantará un dedo por mejorar mi lastimosa situación. Nadie presentará aval o cubrirá tan desorbitado rescate... Si, quizás, lo mejor sea resignarse a los designios del Altísimo y esperar que ningún potentado puje por mi insignificante persona o que en caso de hacerlo no lo guíen aviesas intenciones... A Dios me encomiendo.

Estos chacales de los Suhayl, cansados de mi demora en reunir el montante exigido, han enviado cartas a lo largo y ancho de al-Andalus, poniéndome, literalmente, en almoneda. Y su oferta ya no me incluye sólo a mí, puesto que, decididos a zafarse del pesado yugo que les supone defender un territorio codiciado por sus más potentes vecinos coronados, han anunciado su deseo de desprenderse del señorío de Segura, es decir, de los castillos, torres, almenaras y alquerías sujetos a su demarcación.

Ironías del destino, juntos o por separado, mi sino ha quedado vinculado curiosamente a la suerte del baluarte donde me

hallo apresado y que hasta hace tan poco pretendía hacer capital de mi nonata dinastía.

III. VENDIDO.

¿Quién se hará conmigo? ¿Los hipotéticos compradores pujarán por mí, por el feudo o por ambos?

Pasan las semanas, otoño fresco y lluvioso, van llegando cartas. Atisbo, oteo y pregunto sin pudor a todo el que se me acerca, con creciente fruición, sobre el devenir de las negociaciones pero, malhadadamente, el curso de la transacción, plagada de regateos, es un tema que me está en absoluto vedado.

No obstante, me llegan hablillas, rumores que, a pesar de su falta de consistencia, tienen la virtud de exaltar o deprimir mi ánimo, según el giro que toma el negocio, turbio e implacable, del que pende el hilo, a cada instante más delgado, de mi supervivencia.

Se comenta, en boca de los mercenarios y campesinos que pululan por la ciudadela, que sus amos reciben mensajes atados a las patas de gráciles palomas mensajeras, escritos portados por veloces adalides llegados a lomos de raudas caballerías, lujosos pergaminos garabateados con promesas de riquezas sin cuento, sellados con rúbricas reales, entregados al pie de las murallas por escurridizos emisarios, donde los Suhayl, tan sólo en muy contadas circunstancias se dignan bajar, si acaso a cumplimentar a los dignatarios de mayor rango, enviados, para cerrar un posible acuerdo, por la nutrida pléyade

de emires -demasiados- que pugnan por la primacía en nuestro desgraciado país...

Mi única firme esperanza se diluyó, como azúcar en agua, justo al mes de mi apresamiento. Chábir y Hadi, que no fueron lastimados en la traidora cumbre, reventando caballos, habían partido hacia la corte de Zaragoza y vuelto, a la velocidad del rayo, portadores de cartas firmadas por su señor que sólo transmitían las más funestas noticias: al-Mutaman había sucumbido en el ínterin de resultas de su penosa enfermedad y su hijo y sucesor, al-Mustain, enfrascado en conflictos y disputas con sus parientes para conservar su precario y discutido trono, se limitaba a lamentar mi suerte y elevar preces por mi salvación, eso sí, sin aportar gestos o medidas cualesquiera en mi favor.

Oprimido por el curso de los acontecimientos, me despojé -¿loca inconsciencia o recuperada valentía?-, puesto que empecé a atisbar que mi suerte estaba echada y nada tenía que perder, el miedo que me acongojaba y adopté un aire de displicencia y vanidad en el trato con mis carceleros que al punto llegó a exasperarles. -"¡Vendedme bien caro, pues con total certeza lo valgo, malditos mercachifles!", llegué, incluso, a espetarles en una oportunidad mientras me entregaba con deleite a la que siempre ha sido mi mejor arma, verdadera lanza punzante, letal estilete dirigido con maestría contra el preclaro renombre y digna reputación de mis oponentes, a la par que, sin duda, mi gran valedora -aunque en

demasiados lances, también, la causa directa de mis desgracias-: la poesía. Compuse y recité en voz alta, en impecable árabe clásico que aquellos paletos apenas entendían, todo un ramillete de poemas, en apariencia irrelevantes pero que, con calculada doblez, al entendido se mostraban cargados de doble sentido, giros ocultos y otros varios sutiles trucos del idioma con los que buscaba, al menos para recreo de mi fuero interno, humillar, denigrar y pisotear el honor y la fama de aquella pareja de grajos que podrían disponer de mi cuerpo a su libre albedrío pero que, a su vez, se veían imposibilitados para domar mi mente. Como cabía esperar, aquellos iletrados, sin comprender el significado siquiera de una sílaba, quedaban hechizados por la armonía de los sonidos que mi boca emitía. De esta guisa, en mis ponzoñosos versos, sardónicos y cínicos hasta extremos inconcebibles, hirientes cual dentelladas de fiera rabiosa, de una mordacidad más cáustica que el más letal de los tósigos, el fortín de Segura se veía elevado a la capitalidad de al-Andalus, sin parangón alguno en el orbe islámico, ya que Córdoba, Sevilla o la mismísima Bagdad palidecían, abochornadas y ensombrecidas, ante su incontestable esplendor, y sus dueños, por ende, se erigían en el sùmmum de la majestad y magnanimidad reales, haciendo palidecer las hazañas y leyendas de los grandes califas de nuestra historia, más dignos de loor incluso que el gran Harun al-Rachid, un cualquiera en comparación con los amos de estas serranías....Si la ciudadela se me antojaba joya

inexpugnable, colgada del cielo, defendida por nubes y arcángeles e inmensa en su mayestática elevación, los Suhayl trocábanse en guerreros invictos, conquistadores de mayor talla que los mismísimos Alejandro Magno o Julio César... En fin, me divertí para mis adentros, y menos mal que no comprendían mis maliciosas rimas porque, no tengo ni un ápice de duda, de haber captado mis burlas, de su inexorable venganza creo que tal vez aún podría haber escapado vivo (las expectativas de mi rescate habrían frenado su inclinaciones asesinas) pero con el cuerpo diez veces apaleado, algún hueso quebrado y quizás sin lengua.

Que el señor beréber de Granada, Abd Allah, joven, perezoso y sin demasiados recursos, puja con unos raquíuticos 2.000 dirhames de plata como remate por la integridad de lo subastado, la fortaleza y su insigne prisionero: Segura, sólido picacho que le permitiría ganar un bastión en estos montes frente a su gran rival de Sevilla, que de continuo se expande por estas remotas e inaccesibles comarcas, y de rebote, Ibn Ammar... que sería, sin mayores preámbulos, decapitado en el acto, antes incluso de alcanzar la capital de su menguado y decadente reino, con la finalidad de que un exultante lancero, al frente de mortífera comitiva, desfilase por los patios y salones de su blindada alcazaba -construida con piedras de un color rojo penetrante, terrible recordatorio sanguinolento de los desdichados siervos que perecieron en su construcción- con mi cabeza bien alta clavada en una pica. Cuentas

pendientes tenemos e irrefutable es el hecho de que cuando ejercía el visirato en Sevilla a punto estuve de someter su territorio en beneficio de mi amo al-Mutamid y eso, claro está, no se olvida...

Otro rey venido a menos, al-Mutasim de Almería, vetusto y achacoso, con casi cuatro décadas de reinado a sus espaldas, ofrece, a su vez, una modesta suma tan sólo por mi redención... Este lugar cae lejos de sus dominios y, sin recursos en tropas y dineros, le sería imposible defenderlo de sus codiciosos rivales mas... a mí, encantado estaría de apretar hasta la asfixia mi indefensa garganta, abrumar mis miembros, torturados con saña y refinamiento, con el insoportable peso de macizas cadenas y recrearse largo tiempo en mi desgracia. En efecto, este demonio disfrazado de hombre, sin prisas, se emplearía a fondo en discurrir los métodos más truculentos -hierros candentes, látigos de varias puntas, picaduras de escorpiones son sus especialidades- para borrarle, literalmente en cuerpo y alma, de la faz de la tierra. Sí, en el pasado le engañé con sutiles argucias y embrolladas tretas en varias oportunidades, consiguiendo arrebatarme alguna fortaleza y bastante peculio y hasta, en una coyuntura que creí propicia para mis intereses, animé a sus súbditos a la rebelión con el fin de destronarle o matarle... Ardides y celadas orquestados, evidentemente, con el designio de substituirle en el solio. Esta última artimaña, por poco, y sería largo de contar, fracasó con estrépito pero aún así ¿con qué refinado martirio

tendrá pensado obsequiarme? Al-Mutasim es hombre paciente y meticuloso, que nada olvida, que aguarda con infinita paciencia el momento del desquite y la revancha... No creo que sus verdugos se limitaran a darme, como haría el tosco granadino, un tajo rápido y fatal en el gajate...No, del fin dado por este despiadado príncipe a sus desgraciados oponentes circulan múltiples leyendas, a cual más pavorosa, porque es rey que sabe esperar su momento y, llegado éste, el desdichado que cae en su tela de araña sufre los tormentos más atroces –aplicados en secreto, en aterradoras noches de tormenta, en las subterráneas mazmorras de su alcázar- hasta que, extenuado por las continuas privaciones y ahito de padecimientos, abandona el infeliz condenado este mundo, no sólo en su inerte envoltorio carnal, –guiñapo destrozado por exquisitas y refinadas torturas y un hambre y sed nunca saciadas- sino que hasta su recuerdo y memoria son objeto de feroz anatema, pues el viejo señor de Almería decreta, so pena de ejecución, que en los predios que le prestan acatamiento ni se mencione el nombre de aquellos que han desaparecido a sus manos. ¡Hasta el más execrable olvido de la memoria y recuerdo de sus víctimas ordena ejecutar este tirano a sus súbditos que malviven sobre los cigarrales que gobierna! ¡Que el cáncer que corroe sus huesos le aniquile en medio de sufrimientos sin cuento!

E Ibn Tahir, ex monarca de Murcia, matusalén riquísimo, de ilustre prosapia, sabio, ilustre poeta. Nos conocimos, ha muchos lustros

atrás, cuando compuse panegíricos en su honor y él, justo es reconocerlo, arrojó sin freno sobre mi regazo una inagotable lluvia de dinares y me cubrió, literalmente de los pies a la cabeza, de dádivas, prebendas y honores.

Luego las tornas cambiaron y hace apenas cinco años le expulsé de su trono para... apropiármelo yo. Aquella traición supuso el cénit de mi carrera y, mirando en retrospectiva, quizás, probablemente, el principio de mi menoscabo. En efecto, Ibn Tahir, tan acaudalado que su linaje poseía legítimamente la propiedad de la mitad de las tierras que componían su reñecillo murciano, apenas gastaba recursos en su defensa, intentando coexistir sin conflictos ni rencillas con los demás reyes de taifas y llevando a cabo una diplomacia basada en el buen entendimiento con sus vecinos y el mantenimiento a toda costa de la paz aunque tal política supusiese la firma de pactos y treguas que devinieran a la postre en el pago de onerosos tributos y gravosas parias a todos sus potenciales rivales, tanto musulmanes como cristianos. Al-Mutamid, sabedor de lo exiguo de sus tropas, me encomendó la ocupación de su menguado feudo.

Tarea fácil: el ejército sevillano, acampado ante Murcia, no tuvo ni necesidad de desenfundar la espada. Los murcianos, y en especial los notables de la corte, temerosos de nuestra potencia militar, y sobornados los más preclaros de ellos con pesadas faltriqueras colmadas de riquezas de toda índole (oro y plata amonedados en buena ley, preciadas sedas,

documentos que otorgaban concesiones tributarias sobre fincas, cortijos y peajes...) nos entregaron, atado de pies y manos, a su emir.

Quise mostrarme, no obstante, reconocido con su anterior liberalidad y ordené, en agradecimiento a su comportamiento conmigo en el pasado, que se le liberase y tratase con miramientos aunque -no pude hacer más en su favor- quedó bajo arresto domiciliario en una de sus magníficas mansiones de recreo.

Sin embargo, su repentina y violenta deposición -es humano- debió agriarle el carácter y escribió, secretamente, a sus aliados poniéndoles en mi contra. Yo, por mi parte, ofuscado por mi recién adquirida supremacía, cometí el mayor de los pecados ante Dios y la más grande infamia ante el género humano: me convertí, por segunda vez, en traidor, destruyendo el valimiento que mi señor al-Mutamid había depositado en mí, su consejero, guía, compañero y amante. Felonía de manual, he de reconocerlo -pues no hay excusas para mi comportamiento- consistente en darme aires de soberano abandonando la obediencia debida a mi rey y compañero, a quien negué homenaje y de cuyo servicio me aparté para siempre. En efecto, teniendo en poco la dignidad de visir o virrey, que en realidad era mi verdadera condición en Murcia, proclamé mi independencia y me erigí en emir, culminando, al fin, mis mayores expectativas, siempre soñadas, siempre postergadas, que perpetuamente me asediaron durante mi azaroso devenir. Rey, sí, de un principado minúsculo y

alicaído, pero nada más y nada menos que rey, sin nadie por encima a quien jurar pleitesía, rendir vasallaje y dar cuentas... ni a quien invocar en el rezo diario ni a cuyo nombre acuñar moneda... solo, sin dependencia alguna, dueño de hacer y deshacer a mi entera voluntad... justa recompensa a mi inteligencia, tan superior a la del montón de petimetres coronados que deben exclusivamente su legitimidad a herencia transmitida por linaje de sus difuntos padres y abuelos y que, en la mayoría de los casos, ni conservar sus legados saben.

¡Maldita obcecación la sobrevenida por el irresistible fulgor del oro! ¡Maldito veneno que corroe las venas hasta de los más justos y leales cuando el dosel real se les ofrece! ¡Loca ambición de pujanza e imperio sobre los demás hombres! ¡Frenética obcecación por ejercer el caudillaje sin sujeción a patrón alguno aunque de éste sólo obtengas recompensas y parabienes! Lástima no haber permanecido en segundo plano, lejos de la pasión irrefrenable por el disfrute del poder absoluto que emanaba de los alcáceres sevillanos, con sus continuas luchas intestinas, traiciones sin cuento y demás peajes que el ejercicio del mando nos obliga a pagar sin escapatoria posible. Pude haberme conformado, allá, en mi terruño de nacimiento, en Silves, con un puesto burocrático secundario, cómodo y bien remunerado, al amparo de la protección de mi amigo y líder al-Mutamid que, no cabe duda, me hubiese permitido una existencia libre de preocupaciones económicas y el centrarme,

como único objetivo de mi ser, en la búsqueda desenfadada del placer en todas sus vertientes imaginables –gran sibarita soy, dotado de apetencias pantagruélicas en el amor, el saber, el comer y el beber- ...mas, mi nunca satisfecha codicia y un ansia de gloria enfermiza me cegaron y empujaron a cometer contra mi protector y mecenas los actos y acciones más viles y abominables. Recuerdo que al-Mutamid desempeñó el cargo de gobernador de mi ciudad siendo apenas un adolescente. Yo era cinco años mayor que él. ¡Qué dicha infinita nos embargó durante aquellos días lejanos! Ambos, jóvenes y despreocupados, sedientos de vino y sexo con hermosos efebos y encantadoras doncellas, nos holgábamos, además de durmiendo juntos, bebiendo, comiendo, cazando, nadando y paseando por las riberas de su tranquilo río -en sus orillas, precisamente, conoció a la mujer que cautivó por siempre su corazón, Itimad la Rumaikiya- donde, entre copas, nos retábamos en certámenes de composición poética, justas literarias de las que han surgido, modestia aparte, los mejores poemas de nuestro siglo. Ahora, mi antaño bienhechor al-Mutamid, sólo me tiene en mientes con el objeto de conseguir a toda costa mi captura y muerte. Irreprochables motivos tiene.

Un último y desesperado recurso: suplicar la ayuda de Alfonso, rey de Castilla, cruzado contra nuestra santa religión, expugnador de nuestras ciudades y saqueador de nuestras haciendas, el soberano más poderoso de la península, el tirano, el déspota, el infiel que

pretende enseñorearse de la totalidad al-Andalus al frente de sus jinetes acorazados -uno de ellos, justo es reconocerlo, vale diez de los nuestros y ese diablo al que llamamos Cid, por lo menos, cien-.

No obstante, ese pensamiento se desvanece en un suspiro. Nos conocemos a la perfección, casi íntimamente, el pérfido castellano y yo, ora adversarios cuando raziaba las tierras del Aljarafe sevillano, siempre ávido de parias, exacciones y tributos que desangran a los estados musulmanes en beneficio los insaciables cofres de la cristiandad, ora aliados cuando reuníamos fuerzas contra cualquier otro desgraciado príncipe islámico. Ni un músculo moverá en mi socorro, pues aparte de profesarme profundo odio y un indisimulado desprecio, teme de mis argucias, ya que alguna jugada le he gastado, y es afecto al poco soltar y mucho acumular, como palmariamente demostró en una ocasión en la que, coaligados contra natura, atacamos al señor de Granada: las tierras ocupadas para Sevilla, los tesoros arrebatados a su inicuo gobernante para el castellano. Los granadinos, naturalmente y sin mucho esfuerzo, consiguieron sobornarle y compraron su retirada al precio de una cantidad inimaginable, obscena, de numerario de toda índole que, transportado en una impresionante recua de bestias, cargadas hasta la extenuación con monedas, joyas, telas, especias y perfumes, desfilaron ante mi atónita mirada. -"No hay territorios conquistados, nada os corresponde de este botín según nuestro pacto", me refirió, sardónico. Me "obsequió", no

obstante, con indescriptible cinismo, como pago al extenuante esfuerzo bélico de las tropas de Sevilla, un hacha de doble hoja, finamente labrada con un par de rubíes engastados en su mango lacado en primoroso marfil. Objeto, tan hermoso como inquietante, que solía portar al cinto más como adorno que como defensa, y que yo regalé más tarde a mi señor al-Mutamid. Su valor, que en sí mismo no era desdeñable, lo estimo en una millonésima parte de lo por él conseguido. ¡Dios lo castigue y se pudra en el infierno!

Empero, la peor noticia se confirma. Se dice que mis cautivadores se han entrevistado con Yazid al-Radi, el hijo favorito —ciertamente, el más avisado de su abundantísima prole— de mi antiguo cómplice y soberano, el monarca de Sevilla, el magnífico al-Mutamid, que ha ofrecido doblar cualquier oferta... que la subasta, alta, se ha concretado y que los Suhayl recibirán por la entrega de Segura y de su prisionero, 10.000 monedas de oro, parte en metálico, parte en ricas telas, vajillas nobles y caballos de raza. ¡En mala hora traicioné, cegado por la aureola de la realeza, a tan magnánimo señor! ¡En mala hora me alié con sus enemigos para perjudicar a su reino! ¡En mala hora compuse obscenos y procaces versos contra su familia, linaje y él mismo! ¡En mala hora desprecié el amor que siempre me profesó! De nada sirve, por otra parte, arrepentimiento tan tardío: no hay remedio contra el mal ya hecho ni forma de revertir el daño causado en el pasado. La ligación que vincula nuestras vidas,

tan imbricadas entre sí, que han discurrido entre el paroxismo del amor más acendrado y el odio más acerbo, como órbitas de astros que se atraen y repelen mutuamente para por fin colisionar sin remisión, ya se apresta a su conclusión: llega su momento, la consumación de su venganza, tanto tiempo soñada como postergada, y su cumplimiento no implica otra cosa que mi exterminio ¡Dios dame entereza con la que afrontar mi final!

Rezar, contrito y resignado, ante la fatal suerte que me aguarda, purgar mis pecados con el más sincero de los arrepentimientos y expiar, siquiera en lo más recóndito de mi corazón, faltas y ofensas, que incontables y de toda ralea he cometido, para encarar, libre de culpa, mi próximo encuentro con el Altísimo, es lo único que me queda por hacer en las inminentes y lacerantes jornadas que me esperan hasta mi entrega en Sevilla, humillado y azotado durante una ruta que no se me antoja otra cosa que inhumano calvario, sólo para arrostrar el más trágico destino, destrozado por el hacha castellana —la que fue del maldito Alfonso— que el mismísimo rey sevillano —sordo a mis súplicas, plegarias y besos— blandirá, en mortífero calabozo, contra mi débil y encadenado cuerpo hasta que, extenuado y trémulo, se aparte de mi cadáver cosido a heridas, ya frío por entonces.

—¡Eh, hijos de Suhayl, perros sarnosos, que Dios os castigue, caro me habéis vendido después de todo!".

